

Contámela vos

Cuentos destacados del **concurso de escritura juvenil** realizado en el Centro NSNT de Florida

**#NiSilencio
NiTabú**



La escritura puede ser un refugio cuando el mundo se vuelve abrumador.

En la adolescencia poner en palabras lo que se siente es también una forma de cuidarse. Escribir no solo ordena pensamientos: los contiene, los significa y les da un lugar seguro donde existir.

La narrativa, en todas sus formas, tiene la capacidad de transmitir emociones, canalizar malestares y transformar vivencias en relatos. Por eso, este espacio se propone no como una contienda, sino como una oportunidad para habitar la escritura desde el disfrute, el descubrimiento y la autenticidad.

Este librito reúne voces jóvenes que, con valentía y sensibilidad, han convertido emociones en palabras y silencios en expresión. Cada texto es una muestra de que narrarse es comprenderse, acompañarse y encontrar nuevas formas de mirarse.

Que estas páginas sean leídas como ventanas abiertas a mundos interiores y como puentes que nos recuerdan que nadie está solo en lo que siente.

Lic. Trabajo Social Melissa Dodera
Centro Ni Silencio Ni Tabú Florida.

Índice

Carmesí	05
Amor de padre	13
La estrella y su fan	16
El espejo de Clara	19
Nada	22
El jardín de Alma	30
El jardín en el que floreció la esperanza	33
Entendernos	35
La importancia de la salud mental	37
Salud mental	40
Excluidos	43

Carmesí

Florencia Amaro

Brhune salió de su casa como un día cualquiera, por la ruta de siempre, acompañado únicamente por su sombra. Absorto en sus pensamientos. Sus pies caminaban por cuenta propia. Su mente le nublabla la vista, pero él podía ver. No paraba de pensar en que llegaba tarde, pero había algo que le impedía correr. Es entonces cuando recuerda por qué no puede hacerlo, y ese recuerdo (pero también presente) lo atormenta durante todo el camino.

Casi en la otra punta de la ciudad, Mady también sale de su casa. Está acostumbrada a que nadie se acerque a ella, aunque siempre sea el centro de atención. Recuerda el sentimiento de las miradas cargadas de miedo, de asco. La razón de eso: algo que la atormenta desde el día que llegó a este mundo. Algo que daría cualquier cosa para que ya no estuviera ahí.

Brhune seguía caminando de manera inconsciente. No se enteraba de lo que pasaba a su alrededor. Vuelve a la realidad cuando escucha un fuerte bocinazo. Voltea rápidamente: era un auto de color gris que había frenado bruscamente al compás de aquella bocina. Él se encontraba en medio de la calle. Su mente lo había traicionado; no era la primera vez que lo hacía. Simplemente, el chico continuó su camino como si nada hubiera pasado. Mira la hora. El reloj marca las 8:28 a. m. El liceo cierra sus puertas a las 8:30 a. m. sin ningún tipo de retraso ni adelanto.

Mady llega al liceo. Siente esas miradas golpeándola como si de rocas se trataran. Eran esas miradas las que provocaban que la chica odiara cada vez más eso que llevaba por obligación de la naturaleza en su cara. Eso que no importaba si iba al liceo, a la plaza o al kiosco de la esquina. Incluso al mirarse al espejo, la dejaba en ridículo.

Brhune es el asmático del liceo. También es el que en este momento está corriendo, aunque no debería, aunque sienta una rara opresión en el pecho y su

respiración comience a agitarse. Tiene que hacerlo para llegar a tiempo. Por fin llegó al liceo y subió las escaleras lo más rápido que sus piernas se lo permitieron.

Mady tiene una mancha roja de nacimiento en el rostro. Hay personas que la ven como una rara. Mady sabe bien lo que pasa por la mente de todos cuando ven por primera vez su mancha y, aunque trata de ocultarla, siempre está ahí. Piensa en muchas cosas mientras transcurre la clase. Ella no presta ni la más mínima atención a la profesora. Es entonces cuando vuelve a la realidad al escuchar cómo se abre la puerta del salón. Entra Brhune, agitado, el cual dice aún respirando con dificultad:

—Buenos días. Lamento la tardanza.

Pero nadie parecía escucharlo.

El niño asmático, al ver que fue completamente ignorado, no encontró otra alternativa más que sentarse en su lugar con el mismo silencio que obtuvo como respuesta. La niña de la mancha roja lo observa y no puede evitar cuestionarse si él se siente igual de invisible que ella.

Brhune es el asmático del liceo. Mady tiene una mancha roja de nacimiento en el rostro. Aparentemente, son los más aislados. Mady piensa en que quizás, solo quizás, ella no es la única que se la pasa sola en los recreos. Asimismo, reflexiona sobre cómo y dónde estaría ahora si nunca hubiera existido su mancha roja. Sin embargo, su mente también se centra en el chico nuevo, Hevan. Se dio cuenta de que el niño asmático lo miraba con duda. Claro, había llegado tarde; no sabía quién era.

El niño asmático trataba de calmarse, respirando de manera agitada, un poco arrepentido de haber ido corriendo. Buscaba con la mirada alguna señal de que alguien, mínimamente, lo notara. Pero era como si nunca hubiera llegado al liceo ese día. De todos modos, sigue buscando con la mirada cuando esta se topa con un rostro que no reconoce. Un chico de cabello lacio de color negro ceniza. Su piel era clara, casi pálida. Aparentemente, era un chico bastante enfocado en los estudios, ya que no despegaba la vista de la profesora ni un segundo. Incluso parecía que no pestañeaba, lo cual era bastante anormal. Brhune se preguntaba quién sería él. Se preguntaba, sobre todo, si sería alguien diferente.

Los más aislados

Ellos no parecen tener nada en común, salvo que nadie los acompaña en los recreos. Pero hay otras cosas que hacen que no sean tan distintos. Mady odia su mancha de nacimiento; Brhune odia ser asmático. Mady recibe burlas por

lo ridícula que se ve su mancha; Brhune también recibe ese tipo de comentarios por no poder jugar tan bien al fútbol como sus compañeros, todo por su enfermedad. Además, ambos se perdían en sus pensamientos en el transcurso de la clase, y cuando se daban cuenta de dónde estaban era porque tocaba el timbre de salida al descanso, mezclado con la voz de la profesora dando por finalizada la lección. Entonces todos salían, a excepción del niño asmático y la niña de la mancha roja, que esperaban en sus lugares a que todos dejaran el salón para salir ellos también.

Mady se sentaba en un rincón; Brhune, en otro. Y allí pasaban los recreos. Tocaba el timbre.

Volvían a clase. Se perdían en sus pensamientos. Tocaba el timbre. Y así sucesivamente. Así también sería hoy, ¿verdad?

Brhune estaba sentado en el rincón. Miraba a los demás niños correr. No pudo evitar sentirse un poco frustrado. ¿Por qué tenía que ser él quien tenía tantas limitaciones? Mientras el chico asmático pensaba, escuchó una voz que lo hizo volver a la realidad:

—Hola, tú has de ser Brhune, ¿correcto?

Brhune solo asiente con la cabeza.

—¡Un gusto! Soy Hevan. Necesito que me acompañes a la dirección, la profesora dijo que fuéramos los tres.

—¿Los tres?

—Ah, claro. Nosotros dos y Mady.

Ambos fueron en busca de la niña de la mancha roja. Cuando la encontraron no fue muy difícil convencerla de ir con ellos; con que alguien le hablara, ya estaba satisfecha. Así fue como los tres juntos se dirigieron hasta la dirección, pero no había ningún adulto ahí. Hevan dijo que no había problema, que le habían dado permiso para pasar. Ante tal comentario, Brhune y Mady, aunque con un poco de desconfianza, pasaron. En ese instante Hevan cerró la puerta detrás de ellos, los miró y comenzó con una oferta:

—Escuché que ustedes son los «raritos» de la clase. Pero yo puedo cambiar eso, ¿qué dicen?

—¿Y qué harás? ¿Me pondrás maquillaje encima de esta maldita mancha?

—No, la borraré permanentemente. Jamás la verás otra vez en tu rostro. Brhune, podría sanar tu asma si así lo quieres.

Después de algunos negocios manchados de manipulación por parte de Hevan, logró convencer tanto a Mady como a Brhune de aceptar. Entonces, detrás de la pared donde se encontraban, apareció un portal que los absorbió bruscamente antes de que pudieran reaccionar.

Aparentemente, a raíz de ese portal que los había tragado, cayeron en un

lugar que cualquiera denominaría como «otro mundo». Sonaba música clásica por doquier; cabe destacar que no era relajante en lo más mínimo. Era una música que generaba tensión, adrenalina. La gente era bastante peculiar: todos tenían el cabello color negro, rojo o violeta oscuro. En ese mundo no existían las esquinas: todo eran curvas y curvas. Y, lo más extraño: todo era de distintos tonos rojizos. Carmesí, pastel, flúor, oscuro; de todas las tonalidades que alguien pudiera imaginar.

Aun así, teniendo tantas cosas para admirar, la vista de Brhune y Mady se posó en lo que parecía un vendedor. Este llevaba un cartel que decía: «¡Pociones de la perfección! Elimina todos tus defectos y problemas de forma gratuita y eficaz». Era curioso, ya que nadie iba a pedirle una. Era una propuesta tentadora. ¿Quién no querría alcanzar la perfección? Mady no se resistió y se acercó al hombre:

—Disculpe, señor, ¿podría darme una de esas?

El viejo se dio la vuelta lentamente, de manera bastante peculiar y con una tétrica sonrisa.

—¡Hola, pequeña mortal! Claro que puedo. Toma una para tu amiguito también.

—¿Mortal?

—¡Perdón! ¡Qué descaro de mi parte! Están en el Mundo Carmesí.

Brhune se acercó lentamente y preguntó:

—¿Mundo Carmesí?

—¡Correcto, niño! Aquí habitamos los vampiros. ¡Pero no se preocupen! No les chuparé la sangre como en las historias de su mundo. Solo les regalaré esta pócima como acto de humildad —dijo el viejo con orgullo.

—Pero, señor, en ese cartel dice que las regala; no es humildad hacia nosotros —lo contradijo Mady. Al señor no le pareció agradable ese comentario.

—No me llesves la contraria, jovencita maleducada. ¿No le enseñaron a usted a respetar a la gente mayor? ¡Mire que yo tengo 497 años!

Mientras el viejo les daba una larga charla, el portal volvió a aparecer detrás de ellos y los absorbió. Ambos aparecieron en «sus rincones». Tanto Mady como Brhune tomaron la poción sin tener en cuenta las consecuencias que podría traerles. La niña de la mancha roja le dio un sorbo a la misteriosa bebida. Era asquerosa. Su sabor era parecido al metal, pero al mismo tiempo había algo que lo hacía diferente. Acompañado de ese horrible gusto, sintió cómo un escalofrío recorría su espina dorsal. También sintió un tirón constante en la zona de su mancha roja.

El niño asmático también tomó su poción, la cual era igual a la de Mady.

Cuando lo hizo, sintió el mismo escalofrío que ella. Pero, en vez de sentir un tirón en la mejilla, sintió una molesta y un poco dolorosa punzada en el pecho.

Esa punzada y ese tirón permanecieron durante lo que quedaba del día. Y, por si no fuera lo suficientemente anormal todo esto, Hevan ya no estaba: las profesoras ni siquiera lo nombraban al pasar la lista y nadie preguntaba por su ausencia.

Terminó el día en la clase de Historia. La experiencia ocurrida no salía de las mentes de Mady y Brhune. En el camino, la niña de la mancha roja reflexionaba sobre el tirón que sentía. Llegó a su casa. Agarró el picaporte y se detuvo unos momentos. Sabía bien lo que le esperaba al pasar esa puerta. Dejó escapar un suspiro y entró. No quería voltear a ver lo que pasaba, tampoco quería escucharlo, pero no había alternativa.

Su padre le gritaba a su madre. Su madre se defendía y gritaba también. Mady no podía hacer nada; la última vez que había intervenido no terminó bien. Subió corriendo las escaleras, tapándose los oídos con las manos. Se tiró en la cama y buscó sus auriculares lo más rápido que pudo, con el propósito de ganarle a las lágrimas. Los encontró. Se los puso y reprodujo su canción favorita. La repitió una, y otra, y una vez más. Poco a poco comenzó a calmarse. Se levantó, cerró la puerta, se volvió a acostar y se puso a bailar. Eso era lo que la hacía sentir bien.

Mientras tanto, el niño asmático también caminaba hacia su casa. Pensaba en la poción, la cual era de un abrumador color carmesí. Pensaba en los efectos que podría traerle tanto a él como a Mady. Llegó a su casa, abrió la puerta y, como era de esperar, no había nadie. El silencio era algo común para Brhune. Se dirigió a su cuarto, no sin antes desviarse a la cocina para preparar un refuerzo. Mientras lo hacía, pensaba en cómo le contaría a su diario lo ocurrido. Terminó de preparar su merienda y siguió su camino. Se sentó en la silla de su escritorio y sacó su diario de la estantería. Tomó un lápiz y comenzó a escribir:

«Martes 6 de septiembre, 2022. Hoy fue un día tan raro (...）」

Y así terminó con su relato, escribiendo cada detalle que recordaba. Al día siguiente escribió:

«Miércoles 7 de septiembre, 2022. A partir de ahora tendrás que comenzar a dudar de todo lo que te escriba. Estoy casi seguro de que este no puedo ser yo. Para empezar, hoy tuve que irme corriendo nuevamente hasta el liceo. ¡No llegaba si no lo hacía! Pero, por alguna razón, no sentí ningún

tipo de cansancio... ¡Pero eso no es todo! Hoy tuvimos Ed. Física y logré jugar al fútbol como nunca antes. ¡Parecía un jugador profesional de verdad! A raíz de eso me llovieron preguntas sobre cómo jugaba de tal forma, a lo cual yo, bueno, mentí un poquito y dije que nunca había tenido asma realmente, que solo era una prueba. Así fue como pasé de ser invisible a que todos me notaran en un instante. Y si esto no te parece suficiente, Mady, la chica linda de la que te hablé, ¡no tenía su mancha roja! Tan sorprendente fue que la obligaron a lavarse la cara para ver si era maquillaje. La mancha había desaparecido. Ambos dejamos de ser invisibles... Pero... ¿será por la poción?».

Mady, ese mismo miércoles, se dirigió al baño como cada mañana. Al mirar su reflejo en el espejo se quedó atónita. Su mancha roja, esa maldita mancha roja, ya no estaba. Se había ido. Así como llegó sin previo aviso, se retiró de igual forma. Bajó por las escaleras y, otra vez, su sorpresa volvió: no había gritos ni discusiones. Su padre y su madre le prepararon el desayuno. Le dieron los buenos días y, al irse, la despidieron con un beso en la mejilla. Ella salió de su casa con una suave sonrisa. En el camino, tres chicas se acercaron a ella corriendo:

—¡Hola, Mady! —gritó una de ellas.

Lo raro es que ella siempre iba sola al liceo, no tenía amistades. De todos modos, decidió actuar de forma casual. Les devolvió el saludo y así se fueron charlando todo el camino, como si fuera algo de todos los días. Aunque la exniña de la mancha roja se cuestionaba cómo era posible que todo hubiera cambiado tan de repente.

El hombre de la poción

Hevan caminaba por el Mundo Carmesí. Estaba buscando a su viejo amigo, el vendedor de pociones que quitaban los defectos. Cuando lo vio a lo lejos, se acercó y comenzaron a charlar sobre Brhune y Mady. Hevan le contó que él había sido quien los había mandado allí.

—¡Quién diría que usted fue quien trajo a los mortales! ¿Por qué lo hizo, compañero?

—Al parecer ellos necesitaban de tus pociones. Los estuve observando y ya las tomaron. Entonces, ¿dónde están ahora?

—Están muertos. Sus almas ahora descansan y sueñan con la realidad

que nunca alcanzaron en sus cortas vidas. Ay, los mortales no paran de sorprenderme.

Hevan se quedó un poco en silencio y dijo con tono pensativo:

—Qué increíble que es la muerte. De todos modos, nosotros nunca viviremos eso, ¿no?

—Muchacho, muchacho. Nunca lo sabremos. La muerte es impredecible.

—Lo sé, pero ¿tienen alguna forma de volver a despertar?

El viejo vampiro soltó una carcajada y le dio unas palmaditas en el hombro.

—La muerte no solo es increíble e impredecible; también es irreversible. Mejor vuelve a tu casa, niño. Todavía te queda mucho que aprender.

—Está bien, ¡volveré!

¡Cúidese!—¡Nos vemos!

Así es. Esto es lo que pasa después de la muerte. Simplemente quedas en un sueño que no parece tener fin. Un sueño que te muestra tu realidad soñada. La realidad que más ansiabas, pero no pudiste alcanzar en tu tiempo en la tierra. Conocido como «el basurero de las almas que murieron en dolor».

Amor de padre

Nadia Rey

Capítulo 1

El padre desconocido

Desde que tengo memoria nunca supe lo que es tener un papá; siempre soñé con tener el amor de uno. Tenía la esperanza de conocerlo, pero lo que no sabía era que él ocultaba una gran verdad.

Yo soy Martina, una chica que concurre al liceo y que nunca conoció a su papá. Soñaba constantemente con él, imaginando que algún día aparecería para llenar ese vacío que dejó su ausencia, pero no sabía que él no es una buena persona; tiene una oscura y enfermiza obsesión.

Una noche, mientras navegaba en internet, me llegó una solicitud extraña de un hombre con rasgos faciales muy similares a las fotos que mi madre siempre me muestra de él. Su nombre y apellido coincidían demasiado como para ser solo una coincidencia; el corazón me latía con fuerza y la esperanza me cegó. Sin pensarlo, acepté la solicitud.

Minutos después, un mensaje apareció en mi pantalla.

—Hola, hijita, ¿cómo has estado? Yo soy tu papá, me gustaría que nos veamos —escribió.

—¿En serio sos vos? Siempre quise saber de ti —contesté, con el corazón latiendo a mil.

Después de eso hablamos varios días, hasta que me propuso que nos veamos. Me pasó la localización de un lugar y, aunque cuando entré a buscarlo vi que estaba abandonado, acepté de cualquier manera sin pensarlo, sin imaginar lo que después iba a pasar.

Lo que no sabía, y que mi madre siempre me ocultó, es que ya estando yo en su vientre, mi padre había sido diagnosticado con «síndrome de Cotard», una

enfermedad que lo había consumido por completo, obsesionándolo con la muerte y con los cuerpos sin vida. Yo para él no era su hija. Era solo otra víctima en su lista.

Capítulo 2

De un sueño a una pesadilla

Cuando llegó ese día tan esperado, fui al lugar donde quedamos de encontrarnos. Al llegar no había nadie, cada sombra parecía mirarme. La espera se hizo eterna, el aire pesaba y mi corazón golpeaba con fuerza dentro del pecho. Pero, luego de esa larga espera, vi a un hombre alto, con ropa oscura y ojos fríos, acercándose a mí. Se paró a mi lado y me dijo:

—Llegó el momento que tanto esperaba —su voz era grave y áspera, casi un susurro que quemaba—. Al fin tu cuerpo será mío.

El miedo me congeló instantáneamente. Sentí que mis piernas no respondían, pero logré reaccionar y corrí con el corazón en la garganta. Ese hombre me perseguía. Yo gritaba, desesperada, corriendo sin mirar atrás, con la sensación de que en cualquier momento me atraparía.

De pronto, entre las sombras, vi a una señora sentada en un banco. Fue mi única esperanza.

—¡Ayuda, por favor! —grité con todas mis fuerzas.

—¿Qué pasa, nenita? —me preguntó, alarmada.

—¡Un hombre me está siguiendo! ¡Está loco! —dije, casi sin aire.

Me di vuelta para señalarlo, pero ya no estaba. Había desaparecido entre los árboles, como si nunca hubiera existido.

Ese día aprendí una lección que jamás olvidaría: nunca confiar en alguien de las redes sociales sin conocerlo bien.

Lo que parecía un sueño casi se convierte en mi peor pesadilla.

Con el tiempo, decidí estudiar psiquiatría. Quería ayudar a personas con enfermedades mentales, como mi padre, y también evitar que alguien más viviera lo que yo tuve que vivir.

La estrella y su fan

Ángel Porley

1. Recuerdos de un café

En la esquina del café, un susurro,
pido tu orden, la que ya sé bien,
corto de leche, sabor puro,
un ritual en el que aún pienso, también.

Tu perro cumplió años, yo lo recuerdo,
y tu mal humor se asoma al atardecer,
de aquel abuelo, el eco es eterno,
mientras el tiempo nos vuelve a tejer.

2. Miradas que no fueron

Nunca me miraste como a ella,
nobleza en tus ojos, brilla tan intensa,
una fan apagada, sin estrella,
mientras tú en el aire, con gran presencia.

Te tenía en un pedestal,
mas a ti, eso no te importó,
jugabas en el campo triunfal,
yo, en el banquillo, amores guardó.

3. El tiempo que pasó

Años pasaron, el dos mil dieciséis,
reíamos juntos con risas de ayer,
los te quiero fueron un fugaz revés,
en el reloj del amor, un triste vaivén.

Y aunque el fútbol nunca fue mi pasión,
enciendo la tele, te veo jugar,
otra manía, un corazón en don,
un guiño del pasado, un dulce pesar.

4. La verdad a voces

Ve, cuéntales hoy que estaba obsesionada,
que en este romance nunca hubo unión,
ni un gesto, ni un roce, era solo fachada,
una más en el cuento, tal fue la canción.

Diles que nunca, nunca te gusté,
que el amor fue un espejismo, un error,
que la vida gira y todo se ve,
una estrella fugaz, un fugaz ardor.

5. Relación de dos mundos

Porque tú eras la estrella, brillante y real,
y yo, solo una fan, en sombra quedé,
tú eras mi todo, un sueño inmortal,
mientras tú, en tus sueños, jamás vi mi fe.

Corrías sin freno hacia tu felicidad,
yo me quedé atrás, una opción entre mil,
en este juego de la cruel verdad,
tú, siempre mi estrella, yo, un eco sutil.

El espejo de Clara

Constanza Caetano

Clara era una niña de 11 años con ojos curiosos y una risa contagiosa. Le gustaba dibujar mariposas, escuchar música y contar estrellas antes de dormir. Pero un día, Clara empezó a sentirse diferente: se miraba al espejo y no le gustaba lo que veía.

—Tal vez estoy muy gordita —pensaba—. Si como menos, me voy a ver mejor.

Así empezó a dejar la merienda, después el desayuno. Decía que ya había comido en casa, pero no era verdad. Cada vez que se miraba al espejo, la misma voz le susurraba: «Podrías ser más flaquita». Y aunque sus papás, sus amigas y su maestra le decían que estaba hermosa tal como era, ella no podía creerlo. Esa voz en su cabeza era más fuerte.

Con el tiempo, Clara se empezó a sentir muy débil. Ya no tenía ganas de jugar ni de pintar. Se enojaba sin razón y se cansaba rápido. Un día, se desmayó en la escuela. La llevaron al médico y ahí se enteraron de que Clara tenía anorexia, una enfermedad que aparece cuando una persona deja de comer porque no se siente bien con su cuerpo.

Clara empezó a ir al doctor, a hablar con una psicóloga y también a dibujar todo lo que sentía. Un día, su psicóloga le dio una hoja y le dijo:

—Dibujá cómo te ves y, después, cómo te gustaría verte.

Clara pensó mucho. Y no dibujó una nena flaquita. Dibujó una Clara feliz, colorida, abrazando a sus amigas, con una flor en el pelo y el corazón lleno.

Desde ese día, Clara aprendió algo muy importante: no hace falta cambiar tu cuerpo para ser querida. Tu cuerpo es tu casa. Y merece amor, no castigo.

Hoy Clara volvió a reír. A comer panqueques con dulce de leche, a correr con sus amigas y a decirse algo nuevo frente al espejo:

—Soy fuerte. Soy valiosa. Soy yo.

Moraleja: Todas las niñas merecen sentirse bien con su cuerpo. No hay una forma «perfecta» de ser linda. Lo más lindo que podés ser es vos misma. Y si algún día no te sentís bien, hablá con alguien. Pedir ayuda también es una forma de quererse.

Nada

Candelaria Conde

"Donde la Nada es alguien y las estrellas coleccionables"

Caminaba por las calles vacías de su mente; estaba dormida. Caminaba, escuchaba los tics que hacía la máquina que marcaba los latidos de su corazón. Ella siempre los escuchaba al quedarse dormida. Miraba hacia abajo, nada. Hacia los costados, nada. Arriba, nada. Todo estaba tan lleno de nada.

Seguía caminando por las vías del tren de su mente, se escuchaba muy lejano. Quizás nunca llegaría. Miraba hacia adelante: una infinita nada. Llena de estrellas y nebulosas. Quizás la nada era su todo.

Intentaba recordar algo, pero estaba vacío. Era como un agujero negro. ¿Por qué estaba ahí? Era un producto de su imaginación, obviamente. De seguro estaba dormida y eso era un simple sueño.

Sí, eso.

No sabía cuánto había caminado. Quizás minutos, quizás horas. Obviamente todo con curiosidad, no era aburrido. Quién sabía qué se escondía detrás de esa mera pared de nada.

Su cabello era tan dorado como el sol —aunque en realidad este era castaño—; parecía algo tan maravilloso en esa nada.

Ella no sabía cómo caminaba; era como si estuviera en una calle común y corriente, pero estaba en Nada. Tampoco sabía si estaba caminando sobre el aire.

Caminó, caminó y caminó. Una canción se escuchaba a lo lejos. Comenzó a caminar (o lo que fuera que hacía) más rápido. Olía a algo. ¿Era azul? Bueno, para ella olía a azul, aunque no sabría cómo explicarlo exactamente.

Un brillo centellante llegó a ella. Puso ambas manos juntas y lo atrapó. Sus

manos se quemaban, así que decidió soltarlo. Era brillo, nada más que eso. Siguió adelante. Algo le decía que debía hacerlo. Escuchaba que alguien hablaba a lo lejos:

—Ordená medio kilo de azules, comprá tres monedas y pagá con tres estrellas. ¿Bien? Andá, se hará tarde y cierran a las delfín.

¿Medio kilo de azules? ¿Pagar con estrellas? ¿Cierran a las delfín? Qué clase de disparate estaban diciendo. Decidió acercarse más, nada. Frunció el ceño.

—¿Hola? —preguntó.

Alguien susurró algo que no pudo escuchar.

—Hola, no sé quién seas, pero...¿me podrías decir dónde estoy?

—preguntó de forma cordial.

—Oh, con tanta formalidad va a ser imposible de contestar —la voz salió de la nada, ella dio un salto.

—¿Quién eres? —preguntó mirando a todos lados.

La voz comenzó a reír. Al parecer le habían dicho un chiste.

—¿Quién soy? ¿Acaso no me conoces?

La chica negó repetidas veces. Aún sin poder ver con quién hablaba, estaba segura de que el otro había frunció el ceño y sus cejas habían quedado al nivel de su boca.

—Los niños de ahora —dijo en un suspiro, como de lástima—. Bien, me presento: soy la Nada.

Miró a la nada con desconfianza, aunque técnicamente no sabía dónde se encontraba.

—¿Tú puedes verme? —preguntó.

La Nada emitió una carcajada, mofándose de la pregunta.

—Claro que sí, yo sé todo de todos.

—Pero... si eres la Nada, tú no existes.

—Claro que existo, qué cosas dices, niña. ¿Con quién hablas si no? —En la mente de ella, la Nada estaba cruzada de brazos.

Ella se encogió de hombros y sus ojos de esfera observaron el lugar.

—Niña, no me observes así. Tus esferas son profundas y me incomodan —se quejó la Nada, descortés.

—No me llamo niña. Y bien, si sabes todo de todos, di todo de mí —la retó.

—Bien. Amas coleccionar recortes de periódicos, medís tres metros ochenta y siete.

—Espera, espera, ¿tres metros ochenta y siete? Es más del doble de lo que mido.

—Niña, deja de pedir explicaciones. Eres de color verde...

—¿Verde? Pero si yo...

—Ya, niña, me harás enojar. Tienes setenta y siete estrellas en tu bolsillo. Tu nube se llama Andrómeda...

—¿Qué? Andrómeda es una galaxia.

—¡Ja! A ti sí que te hace falta estudiar literatura —se burló la Nada.

—¿Literatura? Pero si el estudio de las galaxias y el espacio se llama astronomía —dijo. La Nada ya la estaba confundiendo mucho.

—Te encanta crear sentimientos con tu sonido.

—Se llama cantar —la Nada ya estaba comenzando a fastidiar a Maya con todos sus disparates.

—Y no lo haces mal. Tienes carácter de sol.

—¿De sol? ¿Por qué?

—Muchas veces crees que eres la única estrella brillante y nadie es parecida a ti. No ves lo que hay alrededor y tú misma quedas ciega por tu brillo.

—Yo no soy así —desmintió—, nadie conoce cómo soy.

La Nada no le dio importancia a eso y siguió:

—Eres una galaxia que está acompañada de otras, pero se siente sola porque, en realidad, las demás están a millones de años luz.

—¿Una qué?

—Galaxia —repitió.

—Lo siento, pero creo que soy humano.

La Nada estaba enfadándose. Esa galaxia siempre quería tener razón.

—Lo siento, los humanos no existen. Solo las galaxias.

Rodó los ojos y no dijo nada más. Qué Nada tan tonta, siempre diciendo cosas que no son.

—Amas vivir en otros universos y relatar tus vidas en madera, otra cosa que haces bien.

La chica caminaba en círculos e intentaba comprender todas las cosas que la Nada decía, pero le era imposible. Sus acertijos se le hacían muy complejos. Por fin comprendió lo que la Nada quería decir.

—Ah, hablas de escribir. —corrigió— No lo sé, no creo que sea buena haciéndolo.

—Ustedes las galaxias usan palabras extrañas. Yo creo que eso de «escribir» es tonto. Prefiero lo de «vivir», porque ustedes viven en sus nubes otras vidas.

—¿Nubes? Quieres decir mentes.

—Si no dejas de corregir... —amenazó; dio un suspiro, contó hasta diez y

siguió—: Bien, ¿por dónde iba? Ah, ya recordé: amas el olor del azul.

—¿Eso es lo que olí hoy? —Era la primera vez que no le corregía algo.

—Sí, y la verdad es un olor muy bonito. Bueno, muchas veces sientes...

—la Nada se detuvo—, niña, ¿por qué no liberas tus tormentas?

Ella sabía a lo que se refería, ya que ella también las llamaba así.

—Creo que eso no le importa —sonó grosera, muy grosera.

—Está bien. Oh, mirá, allí viene una estrella. Tapá las esferas con tus creatividades si no quieres quedar ciega.

Ella comprendió que esas esferas eran sus ojos y las creatividades, las manos. Decidió hacerle caso. Escuchó que la Nada susurraba bajo y, aunque tuviera los ojos tapados, sentía un intenso brillo que se colaba a través de su piel.

—Bien, ya está —dijo la Nada.

—¿Qué fue eso? —preguntó.

—Una estrella —respondió la Nada.

Decidió sentarse en... bueno, nada. Sus piernas se estaban cansando (lo que era extraño, ya que no sabía si estaba de pie).

—¿Y para qué son exactamente las estrellas?

—¿Para qué crees tú que sean? Veo que las galaxias tienen cada vez menos imaginación. Niña, las estrellas escuchan. Ellas vienen hacia mí y me entregan todos los secretos de las galaxias.

Maya sonrió. Al parecer no era la única que aún creía en las estrellas.

—¿Así que por eso tengo setenta y siete estrellas en mi bolsillo? Pero... ¿por qué en mi bolsillo? —preguntó.

—Porque podrían perderse en cualquier momento, podrían caerse, alguien podría robártelas o tú misma podrías mostrarlas. Aunque, la verdad, creo que muy pocas personas merecen ver tus estrellas. No se las muestres a cualquiera, podrían robarlas, y cuando una estrella se pierde, ya no se recupera jamás.

Maya escuchó a la Nada. Era la primera vez que le daba un consejo sin decirle «niña» o «deja de pedir explicaciones». Maya miraba a su alrededor, no era como se imaginaba a la nada. En realidad, quizás nadie podía imaginar a la nada. No podía decir si el lugar donde estaba era blanco, gris o negro. Simplemente no podía decir cómo era. Era curiosamente maravilloso.

—Ahora niña, Andrómeda, te llamaré así a veces porque así se llama tu nube, ¿qué te parece si sigues mi sonido mientras vuelas? Ya que, bueno, tú estás en la nada y yo soy la Nada.

Maya —Andrómeda— estaba mareándose un poco. No entendía aún muy bien qué sucedía ni las explicaciones de la Nada. Se preguntaba por qué estaba

allí, qué estaba pasando en la vida real. Decidió seguir volando, caminando, o lo que haya estado haciendo. Miraba a su alrededor y todo le parecía curiosamente familiar.

—Señora Nada —llamó.

—¿Qué sucede, Andrómeda? —A Maya le parecía algo extraño ese nombre, pero no podía quejarse.

—¿Por qué estoy exactamente aquí? —preguntó.

Nadie contestó. Decidió no volver a preguntar.

—Algunas galaxias son demasiado infinitas como para estar con las demás.

Esa fue la única respuesta que recibió.

—¿Y qué está sucediendo en la vida real? —preguntó.

—¿Cómo sabes que esto no es la vida real?

Maya se estaba acostumbrando a hablar con la Nada, aunque le parecía extraño hablar con una voz que no sabía de dónde salía.

—Porque en la vida real no puede ocurrir esto.

—En la vida real puede suceder todo lo mismo que sucede en sus nubes, solo que muchas veces ustedes, las galaxias, son muy tontas e ingenuas como para creer en eso. No se dan cuenta del poder que hay en sus nubes.

Maya no estaba de acuerdo con eso, y ella era alguien que se quejaba y daba su opinión cuando no coincidía con algo.

—Pues, lo siento, pero es científicamente imposible y las galaxias somos listas; si no, mire todos los avances que hay en nuestra... lo que sea.

—Veo que no crees en la magia —Maya negó—, qué triste. Es triste que ustedes hayan perdido el poder de creer en la magia. Porque existe. Piensan que lo conocen todo pero, en realidad, no lo hacen. Y si no comienzan a creer en sus nubes y en el poder de la magia, nunca lo harán.

Maya estaba un poco enojada; la Nada creía que todo era posible y ella no lo creía así.

—Andrómeda, ¿a ti te gusta el universo en donde vives?

Maya seguía flotando y pensó que, con «el universo», seguro hablaba de la sociedad

—La verdad, no. No me gusta —negó.

—¿Por qué no?

—Las galaxias nos hacemos imposible vivir y ser felices. Decimos que no se puede ser feliz cuando somos las únicas que nos lo impedimos. Además de millones de cosas más. Son tantas que estoy segura de que nunca terminaría.

—¿Y tú eres feliz?

—La verdad, no lo sé. Creo que también me terminarán arrastrando a creer eso —explicó.

—¿Sabes qué sucede? Si no fueran tan orgullosas, no clasificaran y dejaran ser libres a las demás, todo estaría mejor.

—Es que es difícil cambiar las cosas, ya todo es así. Y las esperanzas...

—Querrás decir las flores —ahora era la Nada quien corregía a Maya.

—¿Flores? Bien, suena bonito —admitió—. Perdimos las flores y ya no podemos hacer que vuelvan a florecer, están marchitas.

—Es que no lo han intentado —dijo la Nada.

—Una galaxia es demasiado pequeña como para cambiar a un universo entero.

—Cada galaxia es enorme y puede hacer que todo cambie, solo tiene que creer que lo puede hacer. Ahora, ¿hay alguien que lo haya intentado? No, porque les asusta fracasar.

—Yo... a mí me gustaría que las cosas cambien —dijo.

—Intenta, nunca sabes lo que vas a poder lograr —sugirió.

—Pero... soy tan pequeña y el universo es enorme. No lograré nada.

Maya sintió como si alguien hubiera apoyado las manos —creatividades— en sus hombros en señal de apoyo.

—Lo que importa es lo que tú creas que puedes lograr. Y puedes hacerlo. Pero la cosa es... ¿estás dispuesta?

—Está bien, lo haré —accedió—. Pero... ¿qué debo hacer?

—Solo sé tú. Andrómeda, ¿crees en la magia?

Maya se lo pensó; quizás fueron unos minutos. ¿Qué más daba? Nunca lo sabría. No podía negarlo. Quizás sí existía y su espíritu moría cada vez más al decir que no.

—Sí. Creo —aseguró.

Pudo ver un rayo de luz dirigiéndose hacia ella. Se despertó de un salto. Miró a su alrededor: estaba en el hospital. Su familia estaba alrededor.

—¿Qué sucedió? —preguntó. Su cabeza le dolía. Todos estaban llorando.

—Oh, pequeña Maya —su madre se acercó y le dio un abrazo. Pudo ver su rostro, estaba más arrugado.

—Mamá, ¿qué fue lo que sucedió? —preguntó mirando a su alrededor.

Su hermana se acercó y le dio otro abrazo. Suspiró.

—Estuviste en coma... por cinco años.

Maya frunció el ceño, pero sonrió.

—¿De verdad? —preguntó riéndose. Todos la miraban como si estuviera loca. Al hablar con la Nada le habían parecido unas pocas horas, no años. Bueno,

quizá era una de las cualidades de la señora Nada.

—Sí, Maya...

—Llámenme Andrómeda.

—Habías intentado suicidarte, tomaste unas pastillas y... y... —la madre de Andrómeda comenzó a llorar. Ella sonrió.

—De verdad las galaxias no apreciamos nada —se dijo a sí misma—. Mamá, tengo que decirte algo.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupada, con lágrimas en sus esferas.

—Yo creo en la magia. En nuestras nubes. Creo que las estrellas de verdad nos escuchan. El azul es un olor. La Nada es alguien. Mido tres metros ochenta y siete. Soy verde. Las flores pueden volver. Una pequeña galaxia puede cambiar el universo, y esa seré yo.

Todos la observaron como si estuviera loca. Nunca temas a lo que los demás puedan pensar.

-Fin-

El jardín de Alma

Constanza Caetano

Había una vez una joven llamada Alma que siempre llevaba una sonrisa en el rostro. Todos a su alrededor pensaban que era feliz, que no tenía problemas y que la vida para ella era sencilla. Sin embargo, dentro de su mente había un jardín invisible lleno de maleza y ramas secas. Nadie más podía verlo, pero Alma lo recorría todos los días, sintiéndose atrapada.

En su jardín interior, el sol brillaba poco. Las flores que alguna vez habían sido de colores vibrantes estaban marchitas y el aire parecía pesado. A veces, Alma sentía que ese jardín era demasiado grande para ella, que nunca podría limpiarlo. Por eso aprendió a fingir: mostraba su sonrisa, hablaba con todos, pero al final del día regresaba sola a su rincón gris.

Un día, cansada de cargar con ese jardín, decidió pedir ayuda. No fue fácil: sus palabras salían temblorosas, como si confesara un secreto prohibido. Pero al contarle, algo cambió. Su mejor amiga, que siempre la había visto sonreír, la escuchó en silencio y le dijo:

—No tienes que arreglar ese jardín sola.

Alma empezó a visitar a una psicóloga. Al principio sentía vergüenza, como si admitir que su mente estaba cansada fuera un fracaso. Pero, poco a poco, se dio cuenta de que cada sesión era como regar una planta seca. Aprendió a poner límites, a descansar sin sentirse culpable y a hablar de lo que sentía sin miedo.

El jardín invisible comenzó a cambiar. No fue rápido ni sencillo: había días en los que parecía que las malas hierbas volvían a crecer más fuertes, pero ahora Alma no estaba sola. Con el apoyo de quienes la querían y las herramientas que aprendía en terapia, empezó a ver brotes verdes donde antes había ramas secas.

Con el tiempo, entendió que su jardín nunca sería perfecto, pero eso no estaba mal. La salud mental, como un jardín, necesita cuidado constante,

paciencia y amor propio. Y aunque algunas flores siempre tardarían más en crecer, Alma aprendió a celebrarlas cuando florecían.

Y así, su sonrisa dejó de ser una máscara. Ahora era un reflejo sincero de alguien que entendió que pedir ayuda no es debilidad, sino valentía.

El jardín en el que floreció la esperanza

Victor Arévalo

Siempre vi mi vida como algo sin sentido. Me sentía perdido y mi mente trató de destruirme en más de una ocasión. Siempre veo el pasado como una forma de flagelarme a mí mismo. A veces cuesta levantarse y seguir adelante; es como si solo pudiera ver un gran vacío que se tragó mis esperanzas y sueños.

Dicen que para que alguien pueda brillar más que nunca, como el sol en el amanecer del horizonte, debe arder hasta consumirse y resurgir de sus cenizas cual fénix, puesto que, como dicen los textos hindúes, "de las cenizas resurgirá lo destruido". Tal vez la lucha sea larga y agónica, pero al final del día todas esas batallas que causaron cicatrices en tu espíritu y mente te volverán más fuerte.

Entendernos

Rocío Luengo

En este mundo donde todos piden más y más, los adolescentes queremos solo una cosa: libertad. Libertad de aprender lo que nos gusta, libertad de expresarnos, de saber que tenemos tiempo de ser felices.

En una sociedad donde todo se va acelerando, donde las películas que antes duraban horas entreteniéndolo se convierten en videos de segundos y la felicidad se achica a una pantalla, ¿dónde queda la libertad?

Tenemos miedo de saber quiénes somos realmente detrás de la máscara de la perfección. Temor de no encajar, de no ser aceptados, de la soledad. Nos torturamos con complacer las expectativas mientras nos olvidamos de pensar qué queremos en verdad.

Se nos pide a los adolescentes que decidamos qué vamos a hacer con nuestro futuro cuando apenas nos empezamos a conocer a nosotros mismos. ¿Cómo vamos a decidir nuestro futuro si no entendemos qué nos pasa en el presente?

La importancia de la salud mental

Oriana Moran

¿Alguna vez sentiste que el mundo se te venía arriba? Así es como se siente cuando la salud mental se tambalea. Soy Oriana Moran y vengo a transmitir la importancia de esta.

La salud mental es más importante de lo que se piensa, algo que casi todos ignoran y minimizan. Es el pilar de nuestras vidas, lo que nos hace estables. Mantenerla es fundamental, más de lo que la sociedad piensa. Cuando esta empeora y empiezas a notar que no te mantienes estable, cuando tus sentimientos cambian de felicidad y tranquilidad a tristeza e inquietud, cuando sientes que el mundo se te viene arriba, ahí es cuando entiendes lo valiosa que es.

A veces, aunque estés rodeado de amigos, puedes sentirte solo. Puedes sonreír en fotos y, aun así, estar peleando una batalla. Puedes estar pasando bien con amigos y, aun así, sentir un vacío. Miles de personas en todo el mundo se suicidan a causa de su salud mental. La sociedad no le da importancia y tacha a esas personas de "locas" sin saber lo que pasa por su mente y lo cansadas que podrían estar. Es algo que te destruye lentamente, que te come por dentro hasta que ya no puedes vivir en paz. Te quita todo: la alegría, los gustos, los sentimientos, las ganas y la vida social, hasta que, finalmente, te quita la vida.

La salud mental es complicada, algo que no es simple de explicar. No es fácil decir lo que está pasando porque tu cabeza está tan revuelta que se hace difícil comprender lo que vives. Muchas personas cargan con luchas internas y callan lo que sienten por miedo a parecer "débiles" o a que piensen que "solo quieren llamar la atención". Muchas personas se guardan todo dentro, teniendo la lucha solos, manejando todo solos, y eso no es sano; porque no siempre podemos con todo solos. Algún día esa burbuja de cosas que callamos y no dijimos va a explotar. Va a llegar un punto donde ya no podemos aguantar y esa lucha por sobrevivir terminará en un suicidio.

La salud mental es como un agujero negro: nos traga lentamente hasta que desaparecemos. Pareciera como si todo se detuviera, como si no pudiéramos seguir. Llega un momento en el cual no puedes continuar, en el cual, a pesar de intentar sanar repetidas veces, sientes que todo se sigue derrumbando más y más. Se siente como estar en medio del mar sin saber nadar. Sientes cómo poco a poco te vas hacia abajo y cómo te ahogas en toda esa oscuridad hasta que te pierdes a tí mismo.

Un gran porcentaje de personas que pasan por esto prefieren hacerlo solas y no aceptan ningún tipo de ayuda profesional, que sería lo más conveniente en estos casos tan delicados. A veces nos refugiamos en una persona a la que tenemos confianza y sentimos que es la única que nos entiende, pero esa persona no nos va a poder ayudar totalmente.

La depresión es la principal causa de suicidios; es algo que se desarrolla por traumas, pérdidas, baja autoestima o pensamientos negativos. La depresión es como vivir en un cuerpo que lucha por sobrevivir con una mente que solo quiere morir. En estos casos, la ayuda de un profesional, de un psicólogo es el mejor camino para evitar las autolesiones y/o el suicidio. Muchos se avergüenzan de tenerla porque sienten que son débiles e inútiles, pero la depresión no es algo de lo que debas avergonzarte; al contrario, deberías elogiarte por soportarla y trabajar duro para sanar.

Para todas las personas que están pasando por momentos difíciles, tienen que saber que buscar ayuda es de valientes y que no por eso son cobardes. No tengan miedo de hacerlo, sepan que son lo suficientemente valientes como para pedir apoyo a familiares, amigos, adultos de confianza o profesionales.

La salud mental es mucho más importante de lo que parece; influye en cómo pensamos, cómo actuamos y cómo hablamos. Tenemos que cuidarla y alejarnos de lo que no nos hace bien y nos lastima. Si estás pasando por un momento difícil, no te rindas y busca la salida de ese túnel. Vivir es increíble.

Salud mental

Clara Castro

En 2023 sentí que mi mundo se desmoronaba. Ese año, una fuerte depresión me envolvió por completo, como una sombra densa y fría que no me dejaba respirar. Era como estar sumergida bajo el agua, viendo cómo la vida seguía para todos mientras yo quedaba atrapada, inmóvil, en el fondo. Cada día parecía igual al anterior: pesado, gris, sin ganas ni fuerzas para nada.

La depresión se convirtió en una especie de prisión invisible. No importaba cuánto intentara sonreír o aparentar normalidad; por dentro me sentía rota. Los pensamientos oscuros se volvieron una compañía constante, como si mi mente me hablara en un idioma de tristeza y desesperanza. Me sentía vacía, agotada, sin encontrar un motivo para seguir adelante.

En medio de esa oscuridad apareció la autolesión. Fue mi manera desesperada de intentar liberar todo lo que me estaba ahogando por dentro. Cada marca era un grito silencioso, una forma de transformar el dolor interno en algo que pudiera ver y tocar, aunque en realidad solo me hundía más. No quería morir en ese momento, pero tampoco quería seguir sintiéndome así.

Con el paso de los días, los pensamientos suicidas empezaron a colarse en mi cabeza. Eran como un eco constante, una idea que se repetía una y otra vez, prometiéndome descanso, silencio, olvido. Me aterraba pensarlo, pero al mismo tiempo era un reflejo de lo perdida y desesperada que estaba. Me sentía atrapada en un laberinto sin salida, como si no hubiera nada ni nadie capaz de entenderme de verdad.

La soledad era otra de mis sombras. Podía estar rodeada de gente, pero aun así sentía un vacío enorme en el pecho. Era una soledad distinta, que no dependía de tener compañía sino de sentirme desconectada de todo y de todos. Miraba a mi alrededor y pensaba que nadie notaba cuánto me dolía estar viva, que nadie podía ver más allá de mis sonrisas forzadas.

El 2023 fue un año en el que la tristeza y el dolor se convirtieron en mis compañeros más cercanos. Fue un tiempo en el que pensé que no podría seguir adelante, en el que sentí que estaba perdiéndome a mí misma. Pero también fue un año en el que empecé a comprender lo importante que es pedir ayuda, reconocer el dolor y no cargarlo en silencio.

Hoy miro atrás y veo ese año como un punto de inflexión en mi vida. Me enseñó lo frágil que podemos ser, pero también que, incluso en la oscuridad más profunda, es posible encontrar una chispa, aunque pequeña, para seguir luchando. Mi historia no es solo de dolor; también es de resistencia. Porque, a pesar de todo, sigo aquí: respirando, sanando, buscando cada día una razón más para quedarme.

Durante el tiempo que ha pasado, aprendí que no estamos solos; no somos un mal momento, no dependemos de los demás, nuestros sentimientos valen, nuestra salud mental vale. No somos de piedra: sentimos, lloramos, pensamos, y está bien expresarnos, está bien necesitar un abrazo, está bien tener ganas de dejar de sentir. Pero también está bien pedir ayuda; no siempre vamos a poder sobrellevar todo. Pedir ayuda no es de cobardes.

Excluidos

Fátima Estévez

Capítulo 1

No hace mucho tiempo en un liceo de un pueblo de la ciudad de San José al que iban varios niños, llegaron nueve estudiantes nuevos. Desde que ellos llegaron al pueblo, compañeros del liceo han desaparecido, también objetos de las casas y del liceo.

El más excluido es Peter por tener los dientes chuecos y pelo largo. Sus amigas más cercanas son Daia y Clhoe quienes quieren hacerle entender que eso no es lo que importa.

—Eso no es lo que importa, vos tenés que cuidarte —dijo la chica.

—No le des importancia, preocupate por lo que sos, no por los demás —agregó Chloe.

Unos días después, un martes a la noche, Enzo está en su casa y de pronto escucha unos fuertes ruidos. Fue a ver qué pasaba y cuando bajó vio a sus amigos que estaban allí.

—¿Qué hacen acá? —preguntó sorprendido, a lo que Peter respondió:

—Estamos haciendo una fiesta sorpresa.

Pero eso no parecía una fiesta sorpresa ya que solo estaban Peter y Francisco, así que les pidió que se fueran.

El domingo de esa misma semana, la vecina de Maxi le dijo que el martes se le había perdido su perro. Él la ayudó a buscar al perro, pero no apareció.

Capítulo 2

El lunes en el liceo, los chicos se enteran de una mala noticia y es que un amigo de Francisco desapareció. Ese chico molestaba a Maxi, por eso algunos

pensaban que él era el culpable.

Están en clase y el ambiente es tenso por la falta del compañero. Uno de los amigos del desaparecido se acerca a Maxi y le dice:

—Fuiste vos, por tu culpa él desapareció. ¿Dónde lo tenés?

Maxi, afectado por todo lo que le dicen lo único que hace es gritar un «¡NO!» y sale corriendo por el pánico. Enzo y Yuli van detrás de él y lo calman:

—Tranquilo, Maxi, no saben lo que dicen, tú no tienes la culpa —dijo el chico.

—Sí, ellos también están asustados, solo quieren encontrar al culpable —dijo Yuli preocupada.

Lograron calmar a Maxi y volvieron al salón, nadie más tocó el tema por respeto al desaparecido y a Maxi.

Luego del liceo, decidieron ir a la casa de Peter para pasar un rato todos juntos. Yuli quiere ir al baño y le pregunta a Peter dónde está y él le responde:

—A la derecha, todo recto —dijo él con una sonrisa.

Ella sigue las instrucciones y llega al baño. Cuando sale, ve una puerta que le llama la atención y se acerca, pero en eso llega Peter y se la lleva muy nervioso. A Yuli le parece raro esto pero no dice nada. Están todos en la sala pasando un buen rato pero llega la hora de irse y todos se van.

Capítulo 3

Daia, Yuli y Clhoe están en la casa de Yuli. Daia le dice a las chicas que Peter le parece lindo y Clhoe se pone contenta ya que hacen linda pareja, pero Yuli no. Le dice que él está raro y que está ocultando algo. Pero Daia y Chloe no le hacen caso y siguen con todo normal. Pasan un buen rato escuchando música y viendo películas.

Luego de la salida del liceo Yuli va a la casa de Daia. Salen a jugar afuera y Daia se encuentra con Peter. Él le dice para ir a su casa y ella acepta. Van a casa de Peter ya que Yuli ya se había ido.

Cuando Daia fue a entrar a la casa de Peter sintió un escalofrío, pero no le importó. Daia le pidió para ir al baño y Peter le dijo que sí, pero se notaba nervioso como si no quisiera que viera algo. Cuando Daia quiso entrar al baño, se apagó la luz y enseguida se prendió de nuevo. Cuando salió se fueron a cenar y cuando terminaron de comer, se fueron a dormir en cuartos separados, ya que están en una pijamada.

Daia sentía que Peter estaba muy raro, estaba riendo a cada rato y no

sabía el por qué, pero no le dió importancia y se durmió.

Al día siguiente Daia se quiere ir pero Peter no la deja y le dice:

—¿A dónde vas tan apurada?

—A mi casa —dice Daia con prisa.

Ella quiere irse pero la puerta está cerrada. Daia fue al baño pero Peter la sigue, la atrapa y la pone en el baño. Daia grita y grita pero Peter no la deja salir.

Al día siguiente, Peter se fue al liceo y Yuli le preguntó:

—¿Dónde está Daia? Ella se fue con vos.

Y Peter le responde que Daia ya no estaba en su casa. Y Yuli no le cree, entonces al salir del liceo se fue directo a la casa de Daia. Golpea la puerta y la madre le abre, y Yuli le dice preocupada:

—¿Dónde está Daia?

La madre le dice que pensaba que estaba con Peter. La mamá queda preocupada, va a la casa de Peter y le dice que si sabe algo de Daia porque ella se había quedado con él la noche anterior. Peter no responde y cierra la puerta.

Capítulo 4

Unos días después, los chicos van a casa de Peter a pasar un buen rato. Están todos escuchando música y tomando refresco. Mattheo tenía ganas de ir al baño, pero Peter no lo deja y Mattheo grita: «¡QUE ME VOY A QUEDAR CON LAS GANAS DE IR AL BAÑO!». Finalmente, va al baño y Peter no lo para, ya que tiene dos baños y Mattheo solo sabe de el otro baño, donde no está Daia.

Todo sigue normal, nadie sospecha nada y se ponen a ver películas; en eso se escucha un grito pero nadie le da importancia. Un rato después, Owen tiene ganas de ir al baño y eso es lo que hace, pero él solo sabe del baño dónde está Daia. Entonces va y cuando abre, se escucha un grito.

—¿Daia, estás bien?

En eso vienen todos corriendo y ven a Daia tirada en el piso, muy mal, y se dan cuenta de que Peter la tenía secuestrada. Entonces Yuli dice de la puerta secreta, todos la abren y ven algo horroroso: ¡estaban todos los compañeros y objetos desaparecidos!

Francisco llama a la policía sin que nadie se de cuenta y llegan muy rápido. Se llevan a Peter, pero él lo único que hace es reírse y dice:

—Volveré...

¿Fin?

Inju!



**Ministerio
de Desarrollo Social**

**Ministerio
de Salud Pública**